DOI: https://doi.org/10.30789/rcneumologia.v37.n2.2025.1288

El vallenato de 450 páginas: El día que el amor sonó en el corazón de un niño que se convirtió en médico

The 450-page vallenato: The day love sounded in the heart of a boy who became a doctor

Robin Alonso Rada Escobar[1]

Imagen generada con Open AI

"El mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo…"
Gabriel García Márquez en Cien años de soledad

"Señores vengo a contarles, hay nuevo
Encanto en la sabana
En adelanto van en sus lugares, ya tienen su diosa coronada…"
Leandro Díaz

Cuando era niño, el acordeón no hacia parte del paisaje musical de mi casa. Mi padre, un bolerista consumado, prefería las letras de Manzanero, el desgarro elegante de Javier Solís o el estilo bohemio y arrabalero del anacobero Daniel Santos y, sin duda alguna, también el fraseo y la cadencia de Vicentico Valdés. Así que crecí entre suspiros de boleros, guarachas, mambos y la música guajira antillana, lejos de las notas vivaces del vallenato. Quiero decirles que el vallenato, en mi vida, no entró por la puerta como gusto musical espontáneo, sino por la ventana de un amor adolescente.

[1] Hospital Militar Central.
Orcid:
https://orcid.org/0000-0001-6043-6920

Alfredo Estaba, 2005

Estaba cursando mis años de adolescencia y mi corazón a punto de estrenarse en las lidies del amor, cuando la vi por primera vez, corría el año 1986, con sus trenzas largas, sus ojos claros, su sonrisa perfecta, y sus cuadernos abrazados al pecho. Ella sonreía como si el entorno le perteneciera. Y un día, después de verla pasar, escuché a lo lejos la canción de Leandro Díaz interpretada por Silvio Brito, "La Diosa Coronada"; ese día, ella se convirtió en la Diosa con la que inauguré el corazón en el arte de amar. Desde entonces, quise aprender sobre vallenatos. No por la música en sí, sino porque me pareció que, si entendía esa canción, entendería mi mundo y también, el de ella y, podría, quizá, solo quizá, conquistar su corazón. Y fue así como me encontré con el vallenato: no como género, sino como lenguaje con el que aprendí a expresar amor.

La tierra donde las historias no se escriben: se cantan

La primera frase del epígrafe tiene una fuerte resonancia con el vallenato, porque ambos, la novela y el género musical, nacen del asombro ante lo cotidiano, de la necesidad de contar lo vivido cuando aún no hay palabras suficientes. Así como el vallenato narra con lirismo y realismo mágico las historias del pueblo, Cien años de soledad captura ese mismo espíritu: oralidad, memoria colectiva, y un mundo que se construye a través del relato.

La segunda frase del epígrafe podíamos dividirla en tres partes para analizar su semejanza con la obra Garcíamarquiana:

– **El "señores vengo a contarles"** remite directamente a la tradición oral del Caribe colombiano, la misma que inspira a García Márquez. Es el tono del juglar vallenato, que informa y encanta a través de la palabra cantada, como el narrador omnisciente de Cien años de soledad que relata las gestas de los Buendía como si fueran leyendas locales.

– **"Nuevo encanto en la sábana":** la expresión puede leerse como una metáfora del surgimiento de lo maravilloso en medio de lo cotidiano, uno de los ejes centrales del realismo mágico.

– **"Ya tiene su diosa coronada":** esta línea resuena profundamente con el simbolismo de los personajes femeninos en la obra. Mujeres como Remedios la Bella o Úrsula Iguarán son casi míticas: encarnan belleza, poder espiritual y sabiduría ancestral. La "Diosa coronada" alude a ese mismo tipo de figura legendaria: una mujer elevada a la categoría de mito, venerada y anunciada con solemnidad popular.

El vallenato nació en los caminos. En las polvorientas trochas del valle del Cacique Upar, en la Guajira fértil del sur o en la desértica del norte; sí, allí nació en ese rincón del mundo donde los juglares viajaban con sus acordeones, sus versos y sus noticias. Porque antes de ser música comercial, el vallenato era una forma de contar lo que pasaba. Una crónica oral. Una memoria cantada. En esas historias, con aire campesino, cantan el amor, la venganza, la alegría, el desarraigo. Los sueños advertían, el tiempo no era lineal. A veces parecía que todo lo real era un poco mágico. O al revés. ¿Les suena eso conocido?

Cuando Gabriel García Márquez encontró el acordeón

Gabriel García Márquez, hijo del Magdalena, creció rodeado de esa atmósfera mágica de palabras cantadas. Los juglares que llegaban al pueblo no eran simples músicos: eran cronistas, profetas, poetas errantes. Y sus historias, muchas veces fantásticas, fueron las primeras grandes novelas que Gabo escuchó y, con este aluvión de conocimiento guardado, se convertiría años más tarde en el primer Nobel colombiano.

El vallenato es más que una música, es una forma de contar lo que somos. En las ardientes y polvorientas calles del Caribe colombiano, con el calor pegado a la piel y el alma cruzada por mil culturas, el vallenato nació como el periódico oral de los pueblos; era utilizado para llevar noticias y "razones" de pueblo en pueblo. Lo inventaron los que creaban y andaban caminos, los juglares, cargando un acordeón y una historia que contar. Luego de historia en historia, de canto en canto, se fue moldeando ese espejo que hoy refleja la esencia del crisol que es el Caribe: mestizo, nostálgico, alegre y dolido al mismo tiempo.

Gabo canta vallenatos para oírlos con los ojos del alma

La oralidad, la matriz narrativa del vallenato, es sin duda tan cautivadora como arrolladoramente mágica. Por esa influencia Gabo escribía como quien cuenta. Como quien canta. Con cadencia, con ritmo, con esa musicalidad que no se enseña en los talleres literarios, pero que se escucha en los patios cuando cae la tarde. Y en esas tardes calurosas de Aracataca en el patio de la casa de sus abuelos maternos nació el realismo mágico, ese invento que no es invento, también tiene raíz vallenata. Porque en los cantos de Leandro Díaz, Escalona, Abel Antonio Villa o Emiliano Zuleta, la realidad se confunde con la fantasía. Las lágrimas hacen crecer el rio Guatapurí. Los sueños se cumplen. Las casas se construyen en el aire. El tiempo se enreda. En Macondo, como en una canción de Alejo Durán, lo imposible es cotidiano.

García Márquez, creció oyendo relatos de su abuela y de una india guajira que vivía con ellos. Las tías contaban los partos como milagros, los entierros como novelas, y los vecinos llegaban con cuentos que empezaban con "usted no me lo va a creer, pero…". Era inevitable que terminara escribiendo con ese tono de quien está hablando, de quien canta sin cantar. En Macondo —ese universo literario que se parece tanto a los pueblos del Magdalena— hay acordeones invisibles que acompañan las frases, hay frases que parecen versos, y hay versos que se sienten como dagas en el corazón.

Gabo no escribió una novela: compuso un vallenato. Largo, sí. Pero fiel. Un vallenato de 450 páginas que se puede cantar con la memoria y no exageraba. Su novela y el vallenato nacen del mismo sentimiento y se nutren de la misma fuente; un vallenato que no se olvida. Por eso, cuando leo una obra de nuestro Nobel o cuando escucho un buen vallenato —de esos que todavía narran y no solo repiten— siento que estoy volviendo al mismo lugar. A esa adolescencia donde una canción me hizo enamorarme por primera vez. A ese Caribe donde la historia se canta antes de escribirse.

El vallenato y Cien años de soledad comparten una misma vocación: la de no dejar que la memoria se muera. Por eso, en esta obra al igual que en una canción vallenata hay amor, tragedia, honor, magia, familia, traición y regreso. Ambos, también, nos muestran que el Caribe no es solo playa y palmeras, sino un universo complejo donde se cruzan las costumbres indígenas, africanas, europeas y por último las del Oriente próximo, con la llegada de los árabes que nos influenciaron con Las mil y una noches. Donde cada historia tiene un eco antiguo y cada canción es un testamento.

No es coincidencia que en el vallenato los muertos hablen, los sueños adviertan, los animales presagien. Tampoco que en Macondo los niños nazcan con cola de cerdo y que la peste del insomnio borre la memoria de todo un pueblo. Todo eso cabe en un acordeón. Todo eso cabe en un libro.

Hoy, cada vez que escucho un buen vallenato siento que regreso a esa primera adolescencia. Pero también siento que estoy leyendo una obra de realismo mágico con los oídos. Y cuando releo Cien años de soledad, descubro que hay una caja y una guacharaca escondidas entre las páginas. Que Aureliano Buendía, cuando conoció el hielo aquella tarde, lo hizo con el mismo asombro que tienen los juglares al componer un verso.

Y yo, que crecí entre boleros, pero con la adolescencia llegó mi gusto por la música vallenata y la entendí por esa necesidad que te da el amor. Como deben entenderse todas las cosas verdaderas. Por eso en mi memoria quedó para siempre grabado, que un día cada vez más lejano, me enamoré y conquisté por primera vez a una "Diosa coronada", cantándole poemas armonizados por un acordeón en una madrugada mientras le daba serenata.